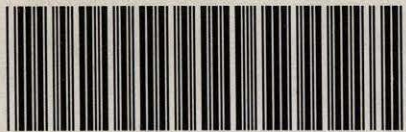


R. C.

P06641
.16
J6
1917

VILLASPESA
—
LAS JOYAS
DE
MARGARITA



1020146712

m

21

SEXTO VOLUMEN DE OBRAS COMPLETAS

LAS JOYAS DE MARGARITA

OBRAS COMPLETAS
DE
FRANCISCO VILLAESPESA

- I.—INTIMIDADES.—FLORES DE ALMENDRO.
II.—LUCHAS.—CONFIDENCIAS.
III.—LA COPA DEL REY DE THULE.—LA MUSA ENFERMA
IV.—EL ALTO DE LOS BOHEMIOS.—RAPSODIAS.
V.—LAS HORAS QUE PASAN.—VELADAS DE AMOR.
VI.—BREVIARIO DE AMOR.—LA TELA DE PENÉLOPE.
EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA.

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN VI

FRANCISCO VILLAESPESA

LAS JOYAS DE MARGARITA

BREVIARIO DE AMOR
LA TELA DE PENÉLOPE
EL MILAGRO DEL VASO DE AGUA



EDITORIAL "MUNDO LATINO"
MADRID

1877-1935
33365

863

969856

PQ 6641

.I6

J6

1917



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

167247

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE J. M. YAGÜES
CALLE DEL NUNCIO, 8. MADRID

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

Poeta es este de quien hablo, lector: ¡y magno! Plectro de oro, espada merovingia, casco de bronce, alabarda formidable; así lo suelo ver en ocasiones, la voz ronca, el ceño adusto, de pie, de frente al mar, lanzando su queja estentórea al cielo poblado de sombras.

Y las golondrinas huyen, cual si las sorprendiese en la noche el huracán.

Mas, atended, que otra tarde le he visto de hinojos ante una tumba, el rostro bañado en lágrimas, despeinado el cabello, lacios los brazos, inclinado el cuerpo y sumiso en la más dulce mansedumbre,

Y héle visto también casi loco, derrochando flores, rompiendo pomos de esencia, cantando canciones sensuales en orgiásticos festines; y vestido de harapos, vagando por caminos solitarios, la lira rota, apo-

yado en su fuerte vara de peregrino, sin atreverse a entrar en la ciudad, temeroso de no sé cuáles castigos y de no sé cuáles imaginarias persecuciones.

He ahí la Musa de este poeta español orgulloso y triste, mezcla extraña de fortaleza y debilidades, para quien la rima no posee arcanos, ni el numen misterios. Bohemio irresoluto, Francisco Villaespesa, ama el otoño, los crepúsculos y la pálida luna, y ha sabido cantar, con acentos inolvidables, cementerios y templos ruinosos, inviernos, antiguas casas abandonadas, aldeas desiertas, amarguras y mudos infortunios.

Algunos de sus libros tienen la belleza triste y heráldica del cisne, y en ellos la Musa, vaga como Ofelia, envuelta entre albos velos, coronada de rosas blancas, cual rubia desposada.

No ama: recuerda. No vive: sueña.

Alegría y esperanza duermen entonces en féretro de pórvido, enlazadas, cual dos vírgenes apenas núbiles; y en el alma del poeta surgen, en mórbida obsesión, la imagen de la Muerte y el perfil trágico del Vencimiento.

Mas luego, en el alma del poeta sale el sol y la Prima vera canta.

Hay rosas en sus jardines; y la rama del mirto, frágil y seductora, semeja, entre los rosales fragantes, la mano de una cortesana que invitara al amor.

Oyense besos y risas en esos otros libros de Villaespesa.

Y se ama la vida con cierta voluptuosidad pagana, encantadoramente brutal, que embriaga y seduce como el abrazo faunesco de los enamorados sobre el césped, en la campiña ardorosa bajo el cielo azul.

Don Francisco Villaespesa es, a mi juicio, el primer poeta joven de España.

Habrà tal vez quien le supere en dulzura de guzla, en suaves eufemismos de lenguaje, en leves actitudes parnasianas; pero ninguno le iguala en vigor, en riqueza de imágenes, en selecta abundancia.

Su fecundidad pasma. Hombre es éste que se escribe un libro de trescientas páginas en treinta días, sobre todo si sus necesidades le urgen y fáltale el mendrugo de oro.

Echado en la cama, el perenne cigarrillo en los labios, los versos cantan y vuelan cual abejas multicolores, hasta posarse como en la celda de la colmena, en las blancas cuartillas que el poeta llena y separa rápidamente con cierto ademán ritual.

Su musa no se vulgariza en la incesante procreación: ni cansa ni se cansa.

Por el contrario, aparece en cada nuevo libro más dueña de sí misma, más hábil y perfecta.

Como en la ninfa predestinada de la leyenda germánica, la fecundidad la purifica; y puede afirmarse sin temor a ser desmentido, que los veinte libros que lleva publicados Villaespesa, desde la exquisita *Copa del Rey de Thule*, a esta ática *Torre de Marfil*, van en visible aumento de perfección en el estro y en la forma.

¡Qué abismo entre el Villaespesa decadentista de *Los Murciélagos* y otras composiciones que saben a ajeno y que recuerdan a Mallarmé, a Verlaine y a Poe, y el actual Villaespesa de rima helénica y estrofa marmórea!

A la verdad, el verso suyo ha evolucionado con su espíritu. Ya no sale nuestro hombre, como antaño, disfrazado de moro a beber cerveza en las tabernas de la Puerta del Sol, ni se está ocho días sin regresar a casa, sembrando angustia entre los que bien lo quieren.

Es casi ciudadano burgués, que cena a hora fija y se mete en el lecho a horas discretas.

Empero, su amor al moro ha subsistido; y en el convencimiento de que no puede continuar dándole un libro cada mes al editor para ir viviendo, ha comenzado a escribir obras para la escena, que hoy son las que dan fama y dinero.

Su primera tragedia, próxima a estrenarse en un gran teatro de Madrid, será corona triunfal para la gloria de Francisco Villaespesa.

El Alcázar de las Perlas, nombre antiguo de la Alhambra de Granada, es obra de intensa belleza, altiva y fuerte, admirable derroche de versificación, gala esplendente de rimas que la emoción y la acción encadenan con trajes suntuosos y pedrerías deslumbrantes, y en la cual revélase Francisco Villaespesa gran poeta dramático.

Justo era que llegase para este infatigable cantor de bellezas el día de la victoria remuneradora, cuando, entre las rosas y los lirios del jardín de sus trovas, surgiese el alto laurel majestuoso que amparase con sus ramas inmortales al poeta y a su lira.

Eso bastaría para que este libro marcara época en la historia de nuestro poeta y fuese uno de sus libros predilectos; por haber precedido a un cambio radical de su fortuna y su destino.

No todos los viajeros pueden señalar con tales mármoles la senda que atraviesan.

En cuanto al lector, le bastará hojear el libro para oler incienso y saborear la miel.

PEDRO CÉSAR DOMINICI

Madrid, 1911.

OFRENDA

No para tus pobres oídos mortales, sino para que las escuches con lo más íntimo y puro de tu alma, escribo estas palabras incoherentes; palabras sueltas, como notas dispersas de una canción perdida en los vientos, como perlas desengarzadas de un collar roto por las manos displicentes del tedio en los momentos más áridos de la vida.

Tuyas son. Sólo tú puedes reunir las de nuevo en un ramillete de emoción y de armonía. Sólo tú puedes volver a engarzarlas en los hilos de oro de este rosario sentimental.

Tú sabrás comprenderlas y sentirlas, porque el dolor y la nostalgia han sensibilizado tanto tus oídos,